

Tierra y Libertad



Barcelona, 16 de enero de 1932

SEMANARIO ANARQUISTA

Año III • Núm. 46 • 15 CÉNTIMOS

España secuestrada por la Guardia Civil

En Almería, Jerez, Calzada de Calatrava, Puertollano y Arnedo, la Guardia Civil dispara ciegamente contra multitudes indefensas. Ancianos, mujeres y niños, cazados a tiros

LA NACION AHOGADA EN SANGRE PROLETARIA

Una ola de sangre, de sangre del pueblo, ha abierto las puertas del año nuevo. 1932 ha recibido ya su trágico bautismo de sangre humana. Todos los trabajadores estamos consternados aún por los monstruosos y horripilantes asesinatos cometidos por la Guardia civil. No hay ni un sólo corazón sensible, ni una sola conciencia altiva que en este momento de trágica barbarie no eleve su voz protestataria contra los ejecutores de tamaños crímenes. Ni un sólo hombre de ideas sanas y sentimientos puros, debe dejar de sunar su petición a la nuestra, pidiendo la disolución fulminante del siniestro y vergonzoso Instituto de la Guardia civil. Si en España se consiente que perdure un momento más tan odioso Cuerpo, es que el pueblo español ha perdido su dignidad revolucionaria y ha descendido hasta las simas de la degradación y la barbarie.

Estamos enteramente secuestrados por la Guardia civil. Vivimos bajo el signo salvaje de los fusiles. Nuestras vidas dependen del odio secular contra el pueblo de seres inferiores en moral y cultura. No debe consentirse ni un momento más que la vida de todos los españoles honrados—mujeres, niños, ancianos, hombres—esté constantemente pendiente de la vesania demente de cualquier guardia civil. ¡Eso no debe ser!...

Pedimos reiteradamente la disolución de la Guardia civil; decretamos la incompatibilidad del Parlamento con el pueblo, y ya que los diputados han elogiado tan entusiastamente a los asesinos de los trabajadores, anunciamos desde este momento que estamos dispuestos a defendernos como sea y a no dejar abandonados a los heroicos campesinos extremeños que han sabido vengar a sus hermanos asesinados en el Parque de María Luisa, en

Parajes, frente a la Jefatura Superior de Policía de Barcelona y a cuantos han caído víctimas de los sicarios del fascismo español.

La batalla ha comenzado con caracteres de sangre y violencia. Hemos de ir a la lucha—estamos ya en ella—con toda la arrogancia y los ímpetus de los espartanos. Hemos de reafirmar nuestro derecho a la vida y a la libertad, abriéndonos camino a fuerza de tiros, pasando, si es preciso, por encima de los cadáveres de nuestros enemigos y a costa también de nuestra sangre.

Por todas partes surgen chispazos revolucionarios. En Almería y en Castilblanco la bandera roja ha flameado al sol de las rebeliones. Se lucha heroicamente por el pan y la libertad. Caen obreros, muchos obreros, pero



Más víctimas

también sucumben guardias civiles. En muchos pueblos los campesinos se apoderan de las tierras, los trabajadores luchan a muerte con las autoridades y los gobernantes. Al impulso de un sentimiento eminentemente revolucionario, los pueblos heroicos se levantan enardecidos contra la tiranía secular del Estado.

Nadie puede negar que la revolución se abre paso, avanzando rauda e incontenible por las campañas castellanas, extremeñas y andaluzas.

No importa que la República se defienda. No importa que la Guardia civil dispare sus fusiles sobre multitudes indefensas, que taladre cráneos de mujeres y ancianos, que persiga a tiros a criaturas y cruce a balazos el corazón de los niños. No importa que maten, que

acabar ya con todos los gobiernos y todos los sistemas políticos. Luchemos por el pan y la libertad; establezcamos un régimen social basado en el trabajo y la solidaridad; que la igualdad económica sea una realidad viviente.

los ministerios, en el magisterio, en el sacerdocio y en las instituciones armadas.

Todos esos sectores de la sociedad han sido los que han matado a los cuatro guardias. El pueblo, abandonado por los que de él debieron cuidarse con más fraternal afecto, no ha sido sino el brazo ejecutor, el instrumento de la ignorancia mantenida entre los indígenas por el maestro; de la superación alimentada en ellos por el sacerdote; de la explotación de que los hacían víctimas burócratas ministeriales y patronos desalmados, y, finalmente, del odio que despertó en sus corazones con sus atropellos y sus desplantes autoritarios, una institución que fue creada para perseguir el banditaje y que siente la obsesión de que todos los hombres son bandidos, si van desarmados, famélicos, y piden de los explotadores mejor trato y un mínimo de justicia.

Es Castilblanco un pueblo en soledad de cultura, hambriento, presionado por la burguesía para que dé todo el jugo posible y aún imposible. Castilblanco no ha matado a esos cuatro guardias por ser guardias; ha visto en ellos el símbolo de la tiranía de que es objeto por parte de las clases privilegiadas, y se ha vengado en ellos de las vejaciones que les fué impuestas por políticos y capitalistas al uso, tan faltos de comprensión que tiran de la cuerda cada vez con más ahínco, sin pensar que la cuerda puede romperse y cruzarse el rostro.

La cuerda se ha roto al fin. Y ha tenido repercusión en las regiones aragonesa y manchega. Y la chispa prenderá en las demás regiones de la Península, haciendo pronto que España arda en llama viva, porque desde los Pirineos hasta el estrecho de Gibraltar, toda España es Castilblanco.

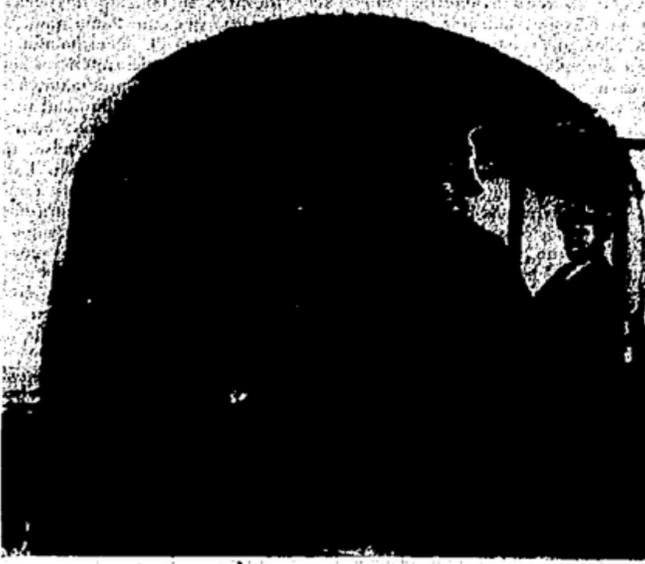
El campo es una cosa seria. Hasta ahora se estimó inofensivo al obrero del agro, porque el caciquismo le tenía ahorrado, con la ayuda del clérigo, del maestro y de la fuerza pública. Pero el agro no había de permanecer insensible a la marcha del mundo. El campesino ve hoy demasiado claro el fin que perseguían sus dominadores al mantenerle en la ignorancia. Y despierta de modo impetuoso, reclamando su parte en el festín de la vida, y rechazando virilmente las migajas y huesos que se le arrojan debajo de la mesa. El campesino no se habrá instruido extraordinariamente porque ni siquiera se le dejó que se procurara por sí mismo una mediocre instrucción. Pero se ha educado, si se quiere, de modo instintivo, porque culturarase es comprender que hasta hoy fué juguete y víctima propiciatoria de políticos y gobernantes, de burgueses y policías.

La revolución está en marcha. España arde en llamas y es del agro de donde han de partir las normas para la evolución de esta inicua y caduca sociedad, que se derrumba a ojos vistas por falta de base. El día que el agro se levante airado, dispuesto a poner coto a tanta injusticia, no habrán guardias civiles ni policías suficientes para contener la revolución.

Y ese día está vecino. La revolución estallará pronto en el campo. El obrero ciudadano ha de secundar eficazmente el movimiento y tomar ejemplo. Porque una revolución de opereta puede hacerse para traer una república fascista a lo Alcalá Zamora, pero no para alcanzar los fines de humanidad que perseguimos, no para lograr el imperio de la justicia que anhelamos.

España está en llamas. Los hombres de buena voluntad deben aprontar buena leña para que la hoguera sea magnífica.

Y luego, aventar las cenizas.



Castilblanco

asesinen, que apliquen la ley de fugas... ¡Matemos también nosotros! ¡Defendámonos!

Ahora que España entera llora tan luctuosa tragedia, ahora que sobre las víctimas flotan el frío y el silencio de las tumbas, levátemos el puño en alto, anarquistas de España, empuñemos un arma... ¡No dejemos que la infame justicia al uso se cebe sobre los campesinos de Castilblanco! ¡Prestémosles nuestro apoyo! ¡Defendámonos!

Todo el proletariado español debe levantarse en pie de guerra social. Estamos cansados ya de sufrir tantas vergüenzas y tantos crímenes. Hemos de

¡Obreros! ¡Campesinos! ¡Ocupad las tierras y las fábricas! ¡Expropiad los instrumentos de trabajo y negad el derecho al consumo al que no quiera producir! ¡Apoderaos de los Municipios y proclamad la Comuna libre y dueña de su término! ¡Arrebatad las armas al enemigo! ¡Estableced el comunismo anárquico y no reconozcáis a ningún gobierno!

¡Todos, todos a la lucha!
¡Por nuestro pan! ¡Por nuestra libertad! ¡Por nuestro derecho a la vida y al trabajo!
¡Viva la Revolución social!
¡Viva la Anarquía!

Hoy y mañana

Hojas al viento, no

No es tiempo ya de empuñar las plumas en este país que sabe estremecerse tan sólo ante grandes titulares, pero carece de capacidad para reaccionar adecuadamente contra la afrenta pública.

No, no es tiempo de lanzar protestas retóricas ni de suscribir vibrantes manifiestos. Se ha dicho todo ya de sobra, y se ha dicho también que el pueblo que tolera el ultraje lo merece.

La autoridad y el privilegio están demostrando que la revolución no es un derecho de sus víctimas, sino que es un deber. Lo que podríamos llamar ciudadanía pacífica es una especie de servicio militar permanente, en el que se dan todas las vergüenzas del régimen cuartelario y del régimen colonial. Como un soldado, el ciudadano pacífico puede ser masacrado, vejado, sometido a prisión y a destierro. Si no reacciona contra estas vergüenzas el pueblo; si se limita a asistir a entierros, a leer titulares y a protestar llenando hojas impresas, es pueblo perdido. Si una razón se corta con un balazo y el que tiene razón contesta al balazo, si queda vivo, con un diluvio de razones, recibe un diluvio de balas. Esta consideración elemental debería bastar para no dar la sensación de que se tiene una lengua mucho más operante que las manos.

Todos quieren leer lo que dirán si fueran oradores, lo que escribirían si supieran escribir; pero, amigos míos, la era de las palabras está en absoluto descreído. ¿Por qué esperar que los gobernantes y demás monopolizadores sean buenos, si los siglos van pasando y haciéndoles cada vez peores?

Los convencionalismos llegan a extremos tan trágicos como suponer que en España se incubía una dictadura, cuando ésta actúa, y en pleno vigor incontestado hace bastantes semanas, mediante la iniciativa de socialistas y republicanos. ¿Qué esperan de los socialistas quienes llevan quince o veinte años tratándoles, mercedosamente, de traidores? ¿Y qué esperaban de los republicanos unos cuantos papanatas que levantan los brazos anunciando (ahora) la bancarrota de la democracia, que fué siempre un veneno, un látigo y una mordaza?

Nunca fué el pueblo español tan dócil como ahora, y nunca se le ha masacrado como ahora. La moraleja de estos hechos no es preciso que la enunciemos siquiera; pero cabe decir que, si no se reacciona en realidad contra la ignominia de carecer hasta de las libertades más elementales y del derecho a la vida; si la devilidad sigue disarrazándose con palabras que son hojas al viento, en vez de arremeter bríosamente contra el origen del mal, aunque fuera sin hablar y sin escribir, seguiremos amontonando almacenes de humo y aspirando a una hoja en el martirologio, pero no seremos anarquistas.

FELIPE ALAIZ

España en llamas

Lo ocurrido en Castilblanco pudiera ser para la burguesía una lección provechosa. Pero no lo será. Quizás de ello hayamos de alegrarnos los que sinceramente deseamos para la humanidad un porvenir más risueño, limpio de toda injusticia.

Considerando el caso con toda objetividad, no puede hacerse responsable

de lo ocurrido a tal o cual organización obrera. Aunque el Gobierno y la burguesía que aquél defiende no pongan en claro el verdadero origen de los luctuosos sucesos, en la conciencia de todos está que el pueblo de Castilblanco no es responsable de lo acaecido. Los verdaderos responsables hay que buscarlos lejos de la aldea extremeña; en